

Pueblo ruso, temblando y taciturno, caminas convertido en esclavo hacia San Petersburgo, o te ves obligado a trabajar en las minas. El Polo le sirve a tu señor de calabozo enorme. La Rusia y la Siberia son las dos mitades del fúnebre imperio del czar tirano y vampiro: la una es la Opresión y la Desesperación la otra.

Los suplicios de Ancona llenan todas sus murallas. El Papa Mastai fusila sus ovejas; deja la hostia y manda hacer fuego. Simoncelli es el primero que cae, y le siguen sin temblar tribunales, soldados, apóstoles, que mueren y que van a hablar a Dios de su sacerdote.

Padre Santo, deja caer las mangas sobre tus manos... oculta tus sandalias blancas, que están manchadas de sangre, y observa cómo Borgia, el papa envenenador, te sonríe. ¿Cuántos han muerto? ¿Cuántos morirán? ¡Quién puede contar su número! Señor, no es el pastor el que guía vuestro rebaño en el mundo, es el lobo.

¡Italia, Alemania, Sicilia, Hungría! Desgraciada madre Europa, llora amargamente, porque han muerto tus mejores hijos... el honor se ha ausentado de ti. En el Mediodía se ve el patíbulo, en el Norte el osario. La luna sale cada noche tras de un sudario, y el sol se pone tras un horizonte de sangre.

Sobre los franceses vencidos pesa un Santo Oficio. El bandido que los asesina dice:—«Yo los apaciguaré.» París lava de rodillas la sangre que la inundó, y Francia, atada de pies y manos, presencia la hecatombe. Los llantos y los clamores despiertan en sus tumbas a Laubardemont que exclama: «¡Muy bien!» y a Torquemada que dice:—«¡Adelante!»

En vano combatisteis por los dere-

chos del pueblo, Batthyani, Saudor, Paerio, porque fuisteis víctimas de la tiranía; en vano sucumbió Baudin. Llorad en los bosques, llorad en las montañas, que donde Dios puso edenes, los reyes ponen presidios; Venecia es una galera y Nápoles una tumba.

La horca se levanta en Arad y en Palermo. Ahorcan a los héroes que levantaran con brazo fuerte la bandera libre y altiva ante los reyes temblorosos, mientras consagran al emperador Schinderhannes, y la lluvia cae a torrentes, mártires, sobre vuestros despojos y los cuervos se sacian...

¡Porvenir, porvenir!... ¡todo se desmorona! Los reyes, pálidos, han huido; el mar avanza, las olas se encrespan, el bélico clarín resuena en el espacio... ¡Fuga aterradora y sombría!... La tempestad arrastra los ejércitos como cenizas inflamadas... que el espanto levanta. «¡Adelante!», dice el Eterno.

Jersey, noviembre de 1852.

## XIII

## CANCIÓN

¿Dónde está la hembra? Murió. ¿Y el macho? Se lo llevó un gato y devora sus huesos. Al nido que se estremera, ¿quién volverá? Nadie. ¡Pobres pajarrillos!

\*  
\* \*

Engañado, el pastor está ausente y ha muerto al perro el lobo, que se extiende en el suelo ahito. Al redil que tiembla, ¿quién lo vigilará? Nadie. ¡Pobres corderillos!

\*  
\* \*  
El hombre está en presidio, la madre en el hospital; reina en la casa la miseria. Tiembla la pobre cuna. ¿Quién la vigilará? Nadie. ¡Pobres pequeñuelos!

Jersey, febrero de 1853.

## XIV

Es de noche; una noche adormecedora y profunda. La inmensa sombra extiende sus alas por el mundo. En vuestros alegres palacios, que defienden los cañones; en vuestros lechos de terciopelo y de damasco, pedid para calentaros bien los pies que os traigan pieles de martas, y resguardaos tras la nube de hermosas cortinas, que esconden entre sus pliegues todas las voluptuosidades con todos los olvidos.

A los ecos de una música amorosa y lejana, mientras una lámpara temblorosa se atreve apenas a alumbrar el techo de púrpura, dormid, duque de Saint-Arnaud, conde de Maupas, senadores, prefectos, generales, jueces,

príncipes, y tú, César, a quien todos adoran de rodillas; tú, que soñaste en el imperio y te apoderaste de él, dormid, señores...—Ya es de día:—Levantaos, forzados.

## XV

## CONFRONTACIONES

Hablad, cadáveres, ¿quiénes son vuestros asesinos? ¿Qué manos hendieron el puñal en vuestros pechos? Dímelo tú primero, sombra que me apareces. ¿Cómo te llamas?—Religión.—¿Quién es tu asesino?—El sacerdote.—¿Vosotros quiénes sois?—La probidad, el pudor, la razón y la virtud.—¿Quién os estranguló?—La Iglesia.—¿Quién eres tú?—La fe pública.—¿Quién te dió de puñaladas?—El juramento.—¿Quién eres tú, que duermes bañada en tu propia sangre?—Me llamo la Justicia.—¿Quién fué tu verdugo?—El juez.—¿Y tú, gigante, cuya vaina no tiene espada y en quien el barro ensucia la aureola?—Yo me llamo Austerlitz.—¿Quién te mató?—El ejército.

Bruselas, 5 de enero de 1852.

## LIBRO SEGUNDO

## SE HA RESTABLECIDO EL ORDEN

## I

## IDILIOS

*El Senado*

Vibrad, tambores y clarines. Los pájaros cantan en sus nidos. La alegría es cosa natural. Que Magnán baile una polka y Saint-Arnaud una pastorela.

*Las catacumbas de Lille*

¡Miserere! ¡Miserere!

*El Consejo de Estado*

¡Lamparillas en los plantíos! ¡lamparillas en los breñales! ¡Mezclad sables y mantillas; cantad a coro, apuestos donceles! ¡bailad en corro, hermosas jóvenes!

*Los graneros de Rouen*

¡ Miserere ! ¡ Miserere !

*El cuerpo legislativo*

Gocemos, el amor nos llama ; todos, para vivir mejor, sacan la miel, con la que nutren el alma ; la abeja, de los labios de la flor, y el hombre, de los labios de la mujer.

*Bruselas, Londres, Belle-Isle y Jersey*

¡ Miserere ! ¡ Miserere !

*El hotel de Ville*

El imperio va arraigando. Riamos, juguemos y comamos. Quememos fuegos artificiales en los Campos Elíseos. El tío necesitaba cañones, pero el sobrino necesita cohetes.

*Los pontones*

¡ Miserere ! ¡ Miserere !

*El ejército*

Fuera escrúpulos, fuera temores. De rodillas cuando viene el pertiguero. Obedezca el tambor al órgano. Nuestro ardor sale del figón y nuestra gloria está en el patíbulo.

*Lambesa*

¡ Miserere ! ¡ Miserere !

*La magistratura*

Todo nos aconseja que comamos y que bebamos. Dichoso es el que tiene afición a la uva madura, porque siempre encuentra un racimo en su empastrado y una botella en su bodega.

*Cayena*

¡ Miserere ! ¡ Miserere !

*Los obispos*

Júpiter lo ordena y debemos aplaudir al hecho consumado que se sentó en el trono. ¡ Brindemos ! El sacerdote debe ser poco severo, vaciar su alma de inquietudes y llenar el vaso de vino añejo.

*El cementerio de Montmartre*

¡ Miserere ! ¡ Miserere !

Jersey, abril de 1853.

## II

## AL PUEBLO

Por todas partes se oyen sollozos y gritos fúnebres. Pueblo, ¿ por qué te duermes en las tinieblas ? No es este el momento de dormir. La libertad, pálida, yace ensangrentada en el umbral de tu puerta ; si te duermes, morirá. Van a atacarte el chacal, las ratas y las comadreja. ¿ Por qué te has dejado atar ? Te muerden en el ataúd... en todos los pueblos se prepara el fúnebre cortejo... ¡ Lázaro, Lázaro, levántate !

\*  
\* \*

Ensangrentado París, a la pálida claridad de la luna, sueña en la fosa común. ¡ Gloria al general Trestaillon ! ¡ No más Prensa, no más tribuna ! ¡ Ponedle mordaza al Noventa y Tres ! La revolución, que será terrible para el que la toque, rueda por el suelo. Consiguió un Cartouche lo que no logró ningún

Titán. Escobar sonríe con su risa infernal. Van a esgrimir contra ti, República gigante, todos los sables de Lilliput. El juez, que es un mercader, vestido de toga, vende la ley. ¡ Lázaro, Lázaro, levántate !

\*  
\* \*

En Milán, en la castigada Viena, en Roma estrangulada y bendita, en Pesth torturado sin tregua, la vieja loba de la tiranía, gozosa y salvaje, se acurruca. Sonríe contemplando su madriguera adornada de amuletos. Camina sobre esqueletos desde el Vístula hasta el Tarnaro, y tiene lobeznos, que está criando. ¿ Quién la alimenta ? ¿ quién da de comer a la loba ? El arzobispo y el verdugo. ¿ Quién la mantiene a su costa ? El emperador. ¡ Lázaro, Lázaro, levántate !

\*  
\* \*

Jesús, hablando a los apóstoles, les dijo : — « Amaos los unos a los otros. » — Hace ya cerca de dos mil años que nos llama a nosotros y a nuestros secuaces, abriéndonos los ensangrentados brazos. Roma impera y gobierna en nombre del dulce profeta. Forman la tiara del Vaticano tres anillos sagrados ; el primero es la corona, el segundo es el lazo corredizo de las horcas de Verona y el tercero es una argolla : esa es la tiara que sin temor alguno se ciñe Mastai. ¡ Lázaro, Lázaro, levántate !

\*  
\* \*

Construyen nuevas cárceles. Pueblo que duermes, despierta y oirás cómo

murmuran los ríos teñidos de sangre ; despierta y oirás cómo lloran las pobres viudas. Adiós, mártires, que ya sopla el viento, ya se ponen en movimiento los pontones ; ya sollozan las madres al ver a sus hijos en poder de los vencedores ; ya gimen acompañándolos en su ruta, y las lágrimas que brotan de sus ojos van filtrando el odio en vuestros corazones. Los judíos triunfan... ¡ Lázaro, Lázaro, levántate !

\*  
\* \*

¡ Al fin, parece que el pueblo se despierta ! ¿ Produces tú el zumbido de enjambre numeroso que oigo sonar ? En las colmenas se estremecen las abejas ; oigo a lo lejos tocar a rebato. Los Césares, olvidando las gemonías, se adormecen con los sonidos de las músicas desde el Báltico hasta el Etna. Los pueblos están sumidos en la profunda obscuridad de la noche ; dormid, reyes : el clarín dice a los tiranos : « Victoria », y el órgano les canta : « Hosanna ». ¿ Quién responde a esa música militar ? — Las campanas tocando a rebato... ¡ Lázaro, Lázaro, levántate !

Jersey, mayo de 1853.

## III

## RECUERDO DE LA NOCHE DEL DÍA 4

El niño había recibido dos balas en la cabeza. La casa estaba limpia, era humilde, apacible y honrada ; un ramo bendito coronaba un retrato de la abuelita, que estaba allí llorando. Desnudamos silenciosamente al niño, cuya boca pálida se abría ; la muerte había apagado sus ojos vivísimos ; los brazos la

colgaban como pidiendo apoyo. Llevaba en el bolsillo un trompo de boj. Podía meterse el dedo en los agujeros de las llagas; tenía el cráneo hendido. La abuela miraba cómo desnudábamos al niño, diciendo: — «¿Qué blanco está! Aproximad la luz. ¡Dios mío!, tiene pegados los cabellos a las sienas.»—Diciendo esto le tomó en brazos. La noche era lúgubre; se oían fuera de la casa, en las calles, disparos de fusil, que matarían a alguno. — «Hemos de enterrar a este niño»—dijo uno de mis amigos. Tomaron un paño blanco de un armario. Entretanto la abuela lo acercó a la chimenea para desentumecer sus miembros, que estaban helados; pero nada consigue calentar en este mundo lo que la muerte toca con sus manos frías. La abuela se inclinó y le quitó las medias, y estrechó con sus dos manos los pies del cadáver. — «¿Qué desgracia! ¡no había cumplido aún ocho años! Iba a la escuela y sus maestros estaban muy contentos de él; todas mis cartas las escribía él. ¡En estos tiempos son los hombres tan bandidos, que matan a los niños!... Esta mañana jugaba aún en la ventana; luego salió a la calle y me lo mataron; me mataron al pobre niño, que era bueno y cariñoso como un Niño Jesús. Más valiera que me hubieran muerto a mí, que soy vieja y puedo vivir ya poco; nada le hubiera importado a Bonaparte matarme en vez de matar a mi nieto.»—Se interrumpió, ahogada por los sollozos. Todos llorábamos a su alrededor. — «¿Qué va a ser ahora de mí—exclamaba,—que me he quedado sola en el mundo? Este niño es el único que me dejó su madre, y yo quiero que me expliquen por qué me lo han matado sin haber él gritado viva la República.»—Nosotros nos callábamos, graves, de pie, con el som-

brero en la mano, estremeciéndonos ante aquel dolor inconsolable.

\*  
\*\*

No comprendéis la política, desechada anciana. El señor Napoleón, aunque su nombre es auténtico, es pobre, y al mismo tiempo es príncipe; ambiciona tener palacios, caballos, criados, mucho dinero para el juego, para la mesa, para la alcoba, para la caza, y a la vez aprovecha la ocasión de salvar la familia, la Iglesia y la sociedad; desea poseer a Saint-Cloud, que se llena de rosas en el verano, adonde vayan a adorarle los prefectos y los alcaldes, y para eso es preciso que las abuelas, con sus dedos temblorosos, cosan las mortajas de sus nietos de siete años.

Jersey, 2 de diciembre de 1852.

#### IV

¡Oh sol! faz divina, flores salvajes del barranco, grutas donde resuenan los ecos, perfumes que os exhaláis de las hierbas aromáticas, espinosas zarzas del bosque, montes sagrados, altos como el ejemplo y blancos como el frontispicio de un templo; viejos peñascos, robles seculares, bosque virgen, manantial puro y cristalino que la sombra azulera, agua clara en la que el cielo se refleja, conciencia de la naturaleza, decidme: ¿qué pensáis de ese bandido?

Jersey, 2 de diciembre de 1852.

#### V

Puesto que está el justo en el abismo, puesto que el crimen empuña el cetro, puesto que todos los derechos están

#### VI

##### EL OTRO PRESIDENTE

#### I

Ahí tenéis, antiguos partidos, a vuestro cónsul: en los días serenos, cuando nada hay que temer, es dcgo que ladra, dragón feroz, hidra colérica; pero es topo en los días de peligro.

Para ponerle al frente, en esta época tempestuosa que abate los cedros y los pinos, eligieron al más cobarde, y no encontrando a ningún Thersites, echaron mano de Dupín.

Mientras tu brazo poderoso, pueblo querido, trabajaba afanosamente por ellos, te vendían a ti, que eres el trabajador soberano, y oponían el presidente Bobeche al presidente Mandrín.

#### II

Su voz agria sonaba como una calabaza; sus *quolibets* mordían al orador entusiasta; los insensatos colocaron el alma más baja en el sitio más alto.

De esta manera tuvo el hecho desenlace inmundo. Los soldados, empuñando el sable, salieron del cuartel y entraron en el templo agosto, donde para el mundo nacía la aurora.

Ante el altar de las leyes, donde derribaron y quemaron el honor y el deber, llamaron a ese hombre, diciéndole: — «Ponte en pie y lanza el rayo desde tu silla curul».—pero ese hombre se sumergió en la alcantarilla.

#### III

Que permanezca en la cloaca y que se duerma allí; que su recuerdo vil se

hollados, puesto que callan los más bravos, ya que la patria está cubierta de ignominia, República de nuestros padres, gran Panteón lleno de luces, domo de oro, templo de las obras inmortales; ya que con escalas se acerca el imperio a escalar tus muros, ya que las almas se anonadan y se arrastran, ya que han olvidado lo verdadero, lo puro, lo grande y lo bello, los ojos indignados de la historia, el honor, la ley, el derecho, la gloria y a los que yacen en sus sepulcros, te deseo, destierro; te deseo, dolor; cíñeme tu diadema, tristeza; yo te amaré, pobreza digna; que me place tener abierta la puerta a los furios del viento; que apetezco el duelo, estatua severa, que viene a sentarse a mi lado. Yo amo el dolor que experimento y sonrío a mi corazón la sombra donde os encuentro, dignidad, fe, virtud, expatriada libertad, proscripto sacrificio. Yo amo la isla solitaria de Jersey, donde la libre Inglaterra cubre con su viejo pabellón a la ola ennegrecida y encrespada, al navío que deja tras sí una estela misteriosa. Amo tus gaviotas, profundo mar, que sacudes tu manto de perlas sobre sus alas de colores, y se sumergen en tu anchuroso seno, saliendo de tus abismos de los dolores como sale el alma. Amo la roca solitaria, desde la que oigo el lamento eterno y sin tregua como el remordimiento, renaciendo constantemente en la obscuridad; la queja de las olas ante los escollos y la queja de las madres ante sus hijos muertos.

Jersey, diciembre de 1852.



dar cuartel a nadie, ni a vuestros generales de Africa, ni a las personas honradas, ni a los representantes del pueblo, ni al pueblo, ni a París aterrorizado, hacéis fuego contra los rebeldes. Yo os pagaré bien.» Aquellos generales aceptaron; Vidocq hubiera rehusado.

## IV

Ahora, ¡liberalidad en el pretorio! ¡brindad, soldados! ¿Tenéis miedo de reír y de beber? Celebrad fiestas en los cuarteles y en los campamentos.

La orgía ha enrojecido su bigote; rollos de oro llenan sus sacos; su capitán es Camacho y su vivac Cucaña.

Después del destino, la francachela. Todos a la mesa. Ayer era día de matar, hoy es día de comer. Napoleón, tu espada sirve de broche a Gargantúa.

Toman el asesinato por victoria; sus ojos, que cierra la embriaguez, les hacen ver que la deshonra es gloria y que los franceses son sus enemigos.

Francia, te ahogaron el día anterior, y hoy ostentan, en una mano una botella y en la otra mano tu cabeza.

Bailan en corro asquerosas cuadrillas, como brujos en el aquelarre; Troplong les trae jóvenes lindas y Sibour les escancia el vino. Y en sus banquetes, sin descanso y sin fin, suenan ruidosas orquestas. ¡Desgraciados soldados!, nosotros queríamos daros destino más digno de vosotros.

Os deseábamos que desafiárais al huracán, a la nieve, al pie de los pinos sombríos, en la brecha donde estalla la granada, en noches sin fuego y en días sin pan.

Queríamos para vosotros marchas forzadas, hambre, frío, golpes rudos, capotes viejos y usados y la victoria de uno contra diez.

Deseábamos para vosotros, soldados esclavos, para vosotros y para vuestros generales la santa miseria de los valientes, la gran tumba de los héroes.

Porque la Europa encadenada suspira, porque en los corazones fermenta un deseo insaciable, porque ha llegado la hora en que Dios va a decir:—«¡Cadenas, rompeos! ¡Pueblos, sed libres!»

La historia abre un nuevo registro, y el pensador, con amargura, pero sereno, oye rodar tras el horizonte siniestro carros de metal.

Profundo ruido turba la tierra; los aceros se estremecen dentro de las vainas, y el viento que sopla sale, ¡oh guerrero!, de la ardiente nariz de tu negro corcel.

Hacia el dichoso fin al que Dios nos señala os destinábamos, nosotros los pensadores; porque, soldados franceses, formáis a la cabeza de la columna humana y sois la vanguardia de las naciones.

Os reservábamos, aguerridas tropas, conquistadores fraternales, la gran guerra de las patrias, os destinábamos a contribuir a la caída de los tiranos.

Reservábamos vuestro noble valor y vuestras filas invencibles para la augusta guerra de la que ha de salir la augusta paz.

En nuestras ilusiones os veíamos, guerreros nuestros, avanzar alegres entre el estruendo de la batalla, y ensangrentados, conquistar inmarcesibles laureles.

Os veíamos desaparecer entre torbellinos de humo y de polvo, y después, de repente, surgir a la luz radiantes batallones, y pasar, como sagrada legión que los pueblos bendecirían, por bajo el inmenso pórtico del porvenir resplandeciente.

## V

Los soldados franceses han visto brillar días infames; después de Brune y de Desaix, magnánimos héroes que admiramos; después de Turena, de Xaintraille y de Lahire, han visto que Poulaiter les entregaba banderas, diciéndoles:—«¡Estoy satisfecho de vosotros!»

Banderas del pasado, tan memorables, que simbolizáis todas nuestras glorias, tan temidas de los fugitivos, rotas, acribilladas a balazos, que en vuestros jirones habéis mezclado la sangre de Hoche con la de Bayardo; salid de las tumbas, salid de los abismos, salid en tropel, sirviéndoos de alas vuestros jirones sublimes; como siniestra bandada que se remonta al horizonte, salid, volad, para borrar nuestra vergüenza actual.

Arrebatad a nuestros soldados sus banderas viles; vosotras que arrojábais a los reyes de sus tronos, que tomabais ciudades por asalto; vosotras, banderas, en quienes teníamos fe, que saltabais montes, abismos y ríos, entre cuyos pliegues morían vuestros héroes, arrojad de aquí a esas águilas nuevas, a cuya sombra se emborrachan los soldados.

Hacedles ver la diferencia que hay de unas a otras; enseñadles lo que deben ser las banderas de Francia; enseñadles vuestros pliegues sagrados que flotaban en el Rhin, en el Mosa y en la Sombra, para ver si conseguís que ante el 2 de diciembre se encienda en cólera Austerlitz.

## VI

Pero ¡ay! todo se acabó. Sólo queda ceno y miseria, noche profunda. So-

bre el abismo donde se hundió nuestra gloria brillan con siniestro resplandor Maupas, Morny, Magnán, Saint-Arnaud y Bonaparte. Inclínemos la frente; Gomorra triunfó de Esparta... Esos cinco hombres son cinco bandidos.

Una tras otra las naciones son conquistadas. A Inglaterra, que es el país de las antiguas franquicias, la conquistaron los antiguos Neustrios; a Roma, Alarico; a Bizancio, Mahoma; a la Sicilia, tres caballeros, y a Francia, cinco presidiarios.

Bien está: reinad; llenad de inquietud al pensamiento humano; a Nuestra Señora, de incienso; al Elíseo, de bailes; a Montmartre, de cadáveres; reinad, aherrojad al pueblo, que para vosotros es populacho; aherrojad a París y atad a Francia a la cureña de vuestros cañones humeantes.

## VII

Cuando arrojó a vuestros pechos sus medallas, sus cintas y sus cruces, después de aquella memorable batalla, soldados que soportasteis el sol de Africa, ¿no conocisteis que os salpicaba de ceno?

Cada vez que pienso en vosotros se me humedecen los ojos. Lloro por vosotros, lloro por lo que os prometió; lloro por la gloria que está hoy empañada, porque entre vosotros hay algunos que piensan y que se estremecen de indignación.

Deseaba para vosotros el verdadero esplendor; hijos de la República y del pueblo, que el honor impulsaba, ¿qué os ha hecho ésta para induciros a servir a ese bandido que la deshonra?

¿A quién seguís, alucinadas legiones? Al hombre al que habéis prostituido vuestra espada, al criminal flagrante,

al aventurero miserable que os inspira confianza, y que será ante la historia Napoleón el Pequeño o Cartouche el Grande.

Ejército, de ese modo tu sable hiere a traición al juramento, al deber, a la lealtad guerrera, al derecho conculcado, a la revolución emprendida en este siglo; al progreso, al porvenir, a la República santa, a la santa Libertad.

Para que ese pigmeo todopoderoso pueda sujetar más y más a tu patria, que tú martirizas; para que pueda sentarse sobre un montón de cadáveres; para que pueda presidir ese vil la orgía inmunda y triunfal, que cubre la matanza y cuya boca exhala hedor de sangre.

## VIII

Puesto que así obró ese ejército, ¡oh Dios!; ya que fué sordo a la voz del honor; ya que han apagado en sangre la antorcha que encendisteis, Señor, para la Francia; ya que la conciencia entristecida no encuentra un santo refu-

## LIBRO TERCERO

## SE HA RESTAURADO LA FAMILIA

## I

## APOTEOSIS

Meditemos. Es bueno que el espíritu se detenga ante semejantes espectáculos.

Una especie de cotorra tenía por percha un gran nombre; era un pobre diablo de príncipe, vestido de negro, al

gio; ya que el sacerdote en el púlpito y el juez en el tribunal adoran al triunfante, como verdadero y legítimo, y prefieren aliarse al crimen a sucumbir a la virtud; ya que son semejantes a mujerzuelas; ya que están degradados o muertos los que derrocaban Bastillas; ya que el honor mengua a medida que el César se crece; ya que en París ¡oh vergüenza! sólo se oyen mujeres gemir; ya que se carece de valor para acometer grandes empresas; ya que los antiguos arrabales, temblando como abarbes, aparentan estar dormidos, dadme ¡oh Dios! fuerzas para que yo, que soy un ser insignificante entre en casa de ese corso asesino y sacuda sobre él mis versos sombríos y llameantes, llevando allí la justicia en el alma y el látigo en la mano, y remanándome las mangas, sólo y terriblemente agitando los sudarios de los muertos con santo furor, como vengador tremendo, aplaste bajo mis plantas el cubil de la fiera, al imperio y al emperador.

Jersey, enero de 1853.

que el año 1815 dejó sin víveres; no tenía ni diez sueldos en el bolsillo, pidió prestadas cinco libras. Ahora vemos la escala gradual que ha ido subiendo. Desde cinco francos se elevó a billete de Banco firmado por Garat; ¡muy bien!; desde el billete de Banco dió un brinco ese saltimbanqui hasta el millón; desde el millón hasta el billón. Después tuvo carrozas, palacios, bailes festines, opulencia, se sentó a la mesa

del poder, y hoy se come a Francia. El fullero se convirtió en hombre de Estado.

¿Qué hizo para eso? Cometió un delito; más que un delito, un gran atentado, una horrible matanza, un tremendo crimen al que prestó juramento de fidelidad el Tribunal Supremo de Justicia. Se abrió el abismo con estrépito y en él desapareció la revolución, dejando tras sí olor de azufre. Romieu abre la trampa y dice:—«¡Ved el abismo!» ¡Viva Mascarillus! ¡Redoblen los tambores!

Entretanto los trabajadores viven vigilados por la amenaza del palo y encerrados en los arrabales; sobre París nievan ukases y el Sena se hiela lo mismo que el Neva. Pero el señor triunfa; se pasea, de prefectura en prefectura y de alcaldía en alcaldía, condecorado con el 2 de diciembre y con el 18 Brumario, llena de flores su carretela, especie de carro triunfal, feo, alegre, recibiendo los saludos y las reverencias de los polizontes. Después entra en el Louvre como emperador; parodia a Napoleón; lee la historia y estudia el honor y la virtud en Alejandro VI; se instala en el palacio del espectro de Médicis; se despoja un momento de su púrpura o de su casaca y se pasea alrededor del estanque, con su pantalón cosaco, distribuyendo satisfecho a los peces migas de pan, del que carecen los proscriptos.

Los cuarteles le adoran, los púlpitos le bendicen; tiene la Europa a sus pies, temblando bajo su trono. La fuerza de su reinado se la dan las mitras y las charreteras. Su trono tiene tres gradas: el perjurio, el asesinato y el robo.

Mármoles péntelicos de Paros y de Carrara, antiguos héroes de las antiguas Repúblicas, dictadores del imperio latino, admirad al destino. Ved al nue-

vo dios que se encarama hasta el retablo del templo. Pueblo, míralo; contéplalo, historia. Mientras nosotros, mártires del derecho, expiamos este crimen con los Pericles y los Escipiones, sobre los frisos que simbolizan las victorias, en medio de Césares arrastrados por panteras, vestidos de púrpura y ceñidos de laureles, entre águilas de oro y lobas de bronce, como un astro rodeado de sus satélites, entre los emperadores a quienes elevaron columnas, entre Augusto de tranquila mirada, y Trajano de frente pura, y en sitio más alto que ellos, se eleva Roberto Macaire con sus botas torcidas.

Jersey, diciembre de 1852.

## II

## EL HOMBRE SE RÍE

«El señor Víctor Hugo acaba de publicar en Bruselas un libro titulado *Napoleón el Pequeño*, y que encierra las calumnias más odiosas contra el príncipe presidente.

«Dícese que uno de los días de la semana próxima, un alto funcionario llevó a Saint-Cloud un ejemplar de ese libelo. Apenas lo vió Luis Napoleón lo abrió, lo examinó un instante con la sonrisa del desdén en los labios, y luego, dirigiéndose a las personas que le rodeaban, dijo, enseñándoles el libro:— «Señores, he aquí a Napoleón el Pequeño, escrito por Víctor Hugo el Grande».

(De un periódico adicto al Eliseo, en 1852).

¡Ah, tú acabarás por ladrar, miserable! Me apoderaré de ti cuando aun estabas limpiándote el sudor que te causó tu crimen execrable y triunfante; te puse el estigma en la frente, y ahora la